

En esto pensad

Filipenses 4:8

Lecturas de edificación cristiana

Contenido

¿Qué es una reunión de asamblea? (fin)	145
La edificación	159
Unánimes	168
Breves pensamientos acerca de la adoración	172
"He aquí el hombre"	174

Año X. N° 5

Septiembre - Octubre 2005

EN ESTO PENSAD

LECTURAS DE EDIFICACION CRISTIANA

Es una publicación de distribución gratuita que se sostiene con las oraciones y la contribución de los hermanos que deseen colaborar.

Para toda comunicación referente a la publicación, sírvase dirigirse a:

Roberto Jorge Arakelian
Cap. Cairo 546
(1842) Monte Grande
Buenos Aires
Argentina

©2005 Todos los derechos reservados. Editor: Jorge Arakelian.

Los artículos editados en otros idiomas se han traducido con el permiso de sus editores. Derechos de traducción reservados. Permiso de reproducción únicamente de forma completa y sin cambios. Queda prohibido utilizar este material con fines comerciales y/o cobrarlos.

NOTAS ACLARATORIAS

Las citas bíblicas utilizadas en esta publicación son tomadas de la versión Reina-Valera Revisada en 1960. Sin embargo, hay ocasiones en que la claridad del texto requiere el empleo de diferentes versiones, tales como la Versión Moderna u otras. Excepcionalmente, puede ser necesaria la traducción directa de la versión usada por el autor de un determinado artículo. En cada caso se indicará la versión empleada.

Abreviaturas:

BAS	=	Biblia de las Américas
RV 1909	=	Reina-Valera Revisión 1909
RVR 77	=	Reina-Valera Revisión 1977
RVA	=	Reina-Valera Actualizada 1989
VM	=	Versión Moderna (H.B.Pratt, revisión 1929)
N.T.I. <i>Gr./Esp.</i>	=	Nuevo Testamento Interlineal Griego-Español (F. Lacueva)
VHA	=	Versión Hispanoamericana (Nuevo Testamento)

(*M. E.*) = *Messenger Évangélique*

Las citas bíblicas textuales se encuentran entre comillas: “ ” y las citas no bíblicas entre comillas: « »

¿QUÉ ES UNA REUNIÓN DE ASAMBLEA?

(Hebreos 2:11-12; Mateo 18:15-20; 1.ª Corintios 14:23-33)

por H. Rossier

(Viene de la página 128)

LOS DIFERENTES CARACTERES QUE PUEDE REVESTIR UNA REUNIÓN DE ASAMBLEA

I

La primera reunión de asamblea que podemos mencionar es la que se lleva a cabo para rendir **culto**.

De manera general, el culto es la adoración dada en común a Dios por lo que él es en sí mismo, por lo que él es y por lo que ha hecho a nuestro favor. El culto reviste una importancia fundamental ante los ojos del Padre y del Hijo. El Señor dijo: “La hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también **el Padre** tales adoradores **busca** que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que le adoren” (Juan 4:23-24).

El culto expresa que hay personas unidas en un solo cuerpo mediante un solo Espíritu, por eso es lo primero que realizan los creyentes que comprenden lo que es la Iglesia. El culto se lleva a cabo en la presencia de Dios el Padre, **alrededor del Cordero**. Cuando participamos en él, pensamos en todo lo que el Hijo es para el Padre, en todo lo que Cristo es para Dios (Apocalipsis 5:9), en el hecho de que Dios fue perfectamente

glorificado en este mundo mediante la vida y la muerte de Jesús. Pero toda esta obra que deleita al Padre, así como lo deleita su Autor, fue consumada teniéndonos en cuenta a nosotros. Nosotros podemos apreciar la extensión de dicha obra, pues somos objetos de ella. En el culto, pues, se mezclan el agradecimiento con la adoración al Padre y al Hijo.

El Señor es el centro del culto **para la alabanza**. Él mismo nos reúne, Él se ubica en medio de nosotros. Su presencia personal en el culto reviste tal importancia que sin ella no habría alabanza digna de llamarse así. Él dice: “En medio de la congregación (**yo**) **te** alabare” (Salmo 22:22). ¿Cómo alaba Él? Pues valiéndose de la voz de la asamblea reunida alrededor de Él. Es indiscutible que esto sólo puede tener lugar **mediante su Espíritu y mediante nuestra boca**, pero también es cierto que **Él** mismo es el que alaba. En ese Salmo, la alabanza se expresa al Dios de amor que salva y libra, pero Cristo mismo es el que fue librado de la muerte: “Y ya **me** **has** oído, clamando desde los cuernos de los uros” (Salmo 22:21; VM). Solamente Él puede conocer la extensión de esa salvación y celebrarla de la manera adecuada. Pero dicha liberación es también **para nosotros**, así como lo fue la obra por la cual Jesús tuvo que descender a la muerte. Su alabanza, pues, debe ser también la nuestra; solamente Cristo, mediante su Espíritu, la expresa con una plenitud que no se encuentra limitada por la manera en que nosotros la apreciamos. Cristo, por haber estado entre los cuernos de los búfalos, sabe perfectamente lo que Dios es como libertador, y cuál es la grandeza de su liberación. Nosotros lo sabemos, pero de manera muy imperfecta; sin embargo, en nuestra flaqueza hallamos consolación y aliento al pensar que la alabanza sube como un perfume a la presencia de Dios el Padre porque el Se-

ñor, quien nos lo revela, es el centro de ella, es el que la compone y Aquel que la expresa. No hay ninguna duda de que nuestro estado moral puede contristar al Espíritu Santo y de que ello puede impedir que éste dé su plena expresión a la alabanza; pero no es menos cierto que Dios es la fuente de ella —como está escrito: “**De ti** será mi alabanza en la gran congregación” (Salmo 22:25)—, que el Señor es su centro y que se expresa mediante el Espíritu Santo.

Hallamos un segundo elemento del culto en los capítulos 10 y 11 de la primera epístola a los Corintios. En esos pasajes, la Cena se presenta como **centro visible de la Iglesia (o Asamblea)** reunida alrededor de la **mesa del Señor**, mientras que **el Señor mismo es el centro invisible** de ella. Esta reunión, a la que se vincula **el culto** en su más alta expresión, es por excelencia una reunión de asamblea. Y así se la considera en 1.ª Corintios 11, donde hallamos estas palabras ya citadas anteriormente: “Cuando os **reunís como iglesia**” (v. 18), y aun: “Menospreciáis la iglesia de Dios” (v. 22), palabras que indican claramente el carácter de reunión de iglesia (o asamblea) alrededor de la mesa del Señor. Este tema es muy conocido como para que ahora nos detengamos a meditar largamente sobre él. Quizá resulte más necesario señalar que si normalmente el culto se vincula con la Cena, ello no excluye, de ninguna manera, una reunión de asamblea **para el culto, para la adoración, sin que se lleve a cabo el partimiento del pan**, es decir, diferente de aquella que se realiza el primer día de la semana, cuando la asamblea se reúne alrededor de la mesa del Señor **para partir el pan** (Hechos 20:7). De modo que cuando los santos se reúnen “como iglesia”, más de una vez viven la dichosa y bendita experiencia de llevar a cabo un culto de adoración que encuen-

tra su expresión en estas palabras: “En medio de la congregación te alabaré.”

II

La segunda reunión de asamblea a que podemos referirnos es la que se lleva a cabo para **la oración**, mencionada en Mateo 18:15-20¹⁾.

En el versículo 18, el Señor dijo a sus discípulos: “Os digo...”; en el versículo 19 añade: “Otra vez os digo...”, uniendo así estos dos temas al versículo 20, aun cuando diferencia uno del otro. “Otra vez os digo, que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de **cualquiera cosa que pidieren**, les será hecho por mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, **allí estoy yo en medio de ellos.**” De manera que la presencia del Señor constituye el centro de una reunión de asamblea no sólo para el culto de adoración, sino también **para la oración**.

Desde el punto de vista práctico, es muy importante comprender esto. Una reunión de oración tiene un carácter muy

1) En el versículo 18 de este capítulo, se puede ver, con razón, una reunión de asamblea en la cual se ejerce lo que se requiere cuando se trata de admitir o de excluir a alguien. Aquí nos limitaremos sólo a mencionarla, porque habitualmente ella se liga al culto para el cual las almas son recibidas a la mesa del Señor o son excluidas. Pero, con más frecuencia se debería llevar a cabo una reunión de asamblea para la **humillación**. Ésta queda sobreentendida a través de las expresiones de 1.ª Corintios 5:2. Cuando un pecado es descubierto en la asamblea y es necesaria la exclusión del culpable, la asamblea debe llevar duelo y humillarse por tal pecado haciéndolo suyo delante del Señor. La exclusión puede ser pronunciada por la asamblea en tal reunión de humillación, lo que reviste de gran solemnidad a ese acto.

especial, tan especial como una reunión de culto para la adoración. Quizás algún hermano **podría** tener algún motivo admisible para no asistir a una reunión donde se ejerce tal o cual ministerio, pero ninguno puede tener una razón valedera para estar ausente en la reunión de asamblea para la oración, **pues el Señor está allí**, presente personalmente en medio de los suyos. Si nuestros corazones aprecian tal privilegio no sucederá lo que lamentablemente se ve a menudo: en una asamblea numerosa solamente cinco o seis se sienten impulsados a asistir para orar juntos. ¿Dejaremos que el Señor se presente y permanezca solitario allí donde toda la asamblea debería estar reunida? Sin duda, según su promesa, Él no deja de estar presente en medio de dos o tres, pero ¡qué menosprecio manifiesta tal asamblea por su persona! ¡Qué diferente debería ser esta situación! ¡Oh, quiera Dios que podamos sentir profundamente nuestra responsabilidad al respecto!

¿De dónde viene la debilidad que manifiestan nuestras súplicas en nuestras reuniones de oración? ¿De dónde provienen los angustiosos silencios? ¿De dónde proceden las vanas repeticiones, las peticiones superficiales presentadas sin convicción e invariablemente talladas con un mismo patrón? ¿No es a causa de que la presencia del Señor en medio de la asamblea no es ni buscada ni sentida realmente? Si fuera de otra manera habría tanto poder en la reunión de oración como en el culto de adoración. Sin duda, una difiere de la otra. En la última, lo que sube a Dios son las **alabanzas**; en la primera, las **peticiones**. Pero en las dos, el pensamiento de los santos, expresado por el Espíritu Santo, es dirigido por el Señor. La alabanza es más elevada que la petición; pero las dos son perfectas en la boca del Señor Jesús: “Cuando clamó a él, le oyó” (Salmo 22:24).

Notemos que las oraciones no estarán ausentes de la escena celestial, mientras haya santos que estén sufriendo en la tierra. Leemos que “los veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero” y que “todos tenían arpas (la alabanza) y copas de oro llenas de incienso, **que son las oraciones de los santos**” (Apocalipsis 5:8). De manera que se ve a los ancianos cumpliendo estos dos actos. Es lo que podríamos llamar «la reunión de asamblea» celestial, en la que el Cordero inmolado está en el centro, visible ante los ojos de todos en medio del trono (lo que no sucede hoy día); diríamos, pues, la reunión de asamblea celestial para rendir culto y para presentar las oraciones de los santos.

III

La tercera reunión de asamblea que consideraremos se menciona en 1.^a Corintios 14.

Para comprender la importancia que tiene este capítulo es bueno señalar que, después de la introducción de la epístola (capítulos 1 y 2), los capítulos 3 a 10 tratan el tema de la organización de la Iglesia como **casa de Dios** bajo la dirección del Espíritu Santo. El capítulo 10, versículos 1 a 13, habla de los privilegios y de la responsabilidad de la **profesión cristiana**. La porción que comprende desde el capítulo 10:14 hasta el capítulo 14 nos muestra el orden en la Iglesia en relación con **la unidad del cuerpo de Cristo**. El Espíritu produce dicha unidad; la Cena es la expresión de ella (capítulos 10 y 11).

En el capítulo 12 leemos que “por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo” y que “a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu” (v. 13). Esto no está dicho en relación con la Cena, sino con **los dones**. Tal unidad abarca la **di-**

versidad de los dones administrados por el Espíritu Santo. Cada don obra de manera particular para el funcionamiento del cuerpo de Cristo, el cual es uno solo. Los servicios efectuados mediante los dones se ejercen bajo la autoridad del **Señor y para él**. La **doctrina** de los dones del Espíritu también se encuentra expuesta detalladamente en este pasaje; luego, en el versículo 28, hallamos, por decirlo así, los grandes dones puestos por Dios en la Iglesia.

En el capítulo 14, el apóstol nos muestra **el funcionamiento, el ejercicio de los dones en la reunión de asamblea**, después de haber introducido, en el capítulo 13, **el amor** como móvil para el uso y ejercicio de ellos.

Después de recordar esto, volvamos a considerar la tercera reunión de asamblea. Primeramente, digamos que se trata de una reunión de asamblea y no de otra cosa. La iglesia se encuentra reunida como tal alrededor del Señor. El versículo 23 dice: “**Si, pues, toda la iglesia se reúne en un solo lugar**”, empleando el mismo término que en el capítulo 11, versículo 20, respecto a la Cena ¹⁾ (véase aun los versículos 4, 5, 12, 19, 26, 28, 33, 34, 35). Pero en el capítulo 14 el objeto ya no es más el culto de adoración ni la oración, sino la “**edificación**”. “El que profetiza habla a los hombres para **edificación...** El que profetiza, **edifica** a la iglesia” (v. 3 y 4). “Para que la iglesia reciba **edificación**” (v.5). “Pues que anheláis dones espirituales, procurad abundar en ellos para **edificación** de la iglesia” (v. 12).

A través de estos versículos vemos que la iglesia se encuentra reunida en la unidad del Espíritu y alrededor de la perso-

1) En griego: *epi to auto*: juntos, en un mismo lugar. Es el término técnico para indicar la reunión desde el punto de vista práctico.

na de Cristo, del mismo modo que lo hace para celebrar la Cena. Pero lo que sucede en este caso es que las bendiciones **se derraman de parte del Señor sobre su iglesia**, en lugar de que suban a Dios por Él. Bajo la autoridad del Señor, los dones espirituales son dispensados a los suyos para edificación de ellos.

Al principio ya hemos dicho que los dones pueden ejercerse en otros medios fuera del ámbito de la asamblea, sin hablar incluso del evangelista, quien se dirige al mundo, pero de lo cual en estos versículos no se hace referencia alguna, pues el evangelista ni se menciona en estos capítulos. En el pasaje que estamos considerando vemos a los santos reunidos como iglesia alrededor del Señor, esperando recibir de Él, mediante su Espíritu, lo que conviene para la edificación de su Iglesia. La presencia del Señor otorga a los dones un carácter particular en la reunión de asamblea. Se trata de la edificación de la iglesia, es decir, del cuerpo. Cada uno puede tener algo para dar (v. 26). Lo que se aprecia aquí no es precisamente el ejercicio de ministerios **constantes**, aunque entre los que están reunidos se encuentre un don fundamental como el de la profecía o aun cuando ni la doctrina ni incluso las lenguas queden excluidas. Más bien vemos el funcionamiento del cuerpo confiado **ocasionalmente** a todos o a cada uno, según la operación del Espíritu y según la voluntad del Señor, quien se encuentra en medio de la Iglesia para brindarle la edificación y para satisfacer las necesidades reales que Él conoce, pues vela por los suyos y purifica a su Iglesia “por la palabra” (Efesios 5:26).

En esta ocasión, la escena que se desarrolla está llena de bendiciones. Se puede observar una gran libertad unida a una gran dependencia. Un hermano se levanta y profetiza. Sin

duda alguna, en nuestros días la profecía difiere de aquella que hallamos en 1.^a Corintios 14, por el hecho de que al estar completa la Palabra ya no es necesario tener una **nueva** revelación de Su voluntad. Pero lo que sí subsiste es la **comunicación** de la voluntad, de los pensamientos de Dios. Todos los hermanos son considerados como susceptibles de poder profetizar; pero, lo repetimos, en estos versículos no se trata de algo **constante y continuo**. “¿Qué hay, pues, hermanos? Cuando os reunís, **cada uno de vosotros** tiene salmo, tiene doctrina, tiene lengua, tiene revelación, tiene interpretación. Hágase todo para edificación” (v. 26). **El ejercicio** del don de profecía aparece aquí como una comunicación **momentánea** del pensamiento de Dios, que se ejerce mediante uno u otro. “Asimismo, los profetas hablen dos o tres, y los demás juzguen. Y si algo le fuere revelado a otro que estuviere sentado, calle el primero. Porque podéis profetizar **todos** uno por uno, para que todos aprendan, y todos sean exhortados” (v. 29-31). Esto no quiere decir que en el curso de una sola reunión de asamblea todos **deban** profetizar, aun cuando tuvieran la capacidad para hacerlo, pues “los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas” (v. 32). Por el contrario, se ve que el Espíritu, **en vista del orden, restringe** el ejercicio de la profecía a dos o tres, “pues Dios no es Dios de confusión, sino de paz. Como en todas las iglesias de los santos” (v. 33).

Toda esta actividad se ejerce ricamente, pues, en su diversidad, y de ello resulta una gran bendición para las almas, las cuales asisten a la reunión para **buscar al Señor**. Él está allí, y su presencia se hace sentir en tal actividad espiritual.

Nuestra incapacidad para llevar a cabo una reunión de asamblea que tenga el carácter que acabamos de describir, tiene diferentes causas. En primer lugar, notemos el hecho de que no

hacemos realidad, como en el culto de adoración, que el Señor está presente personalmente y que podemos confiar plenamente en dicha presencia para la edificación de la iglesia, tanto como lo hacemos para la adoración y para la oración. La diferencia entre lo que pasa en nuestro espíritu cuando asistimos a una reunión de adoración o a una reunión de edificación es una prueba de ello. Cuando nos dirigimos a la reunión de adoración, vamos apacibles y sin preocupación respecto a lo que sucederá en ella o a la acción que se ejercerá, porque asistimos para buscar y hallar la presencia del Señor. Pero cuando se trata de una reunión de edificación, ¿no nos preguntamos con inquietud **quién** se encontrará allí o **quién** hablará u obrará en ella? ¿No sucede esto porque a menudo nos dirigimos a la reunión olvidando que debemos buscar **Su** presencia?

Una de las mayores razones para que el ejercicio de los dones para la edificación quede trabado es la falta de fe y de confianza en Él. Se podrá decir: «No, sino que desconfío de mí mismo.» Desengañémonos. Si no tuviéramos ninguna confianza en la carne, dejaríamos obrar al Señor y él podría hablar por medio de nosotros para expresar su pensamiento, según la dirección del Espíritu Santo.

Existe otra traba que sin duda constituye el principal obstáculo que nos impide frecuentemente llevar a cabo esta tercera forma de reunión de asamblea. Lo que nos falta es estar **alimentados de su Palabra, de toda su Palabra**. Sentimos opresión en el corazón al comprobar de qué manera se descuida la lectura del **Antiguo Testamento** y cuán poca parte se le da en las meditaciones habituales de los santos. Y a veces hasta el conjunto de los pensamientos de Dios en el Nuevo Testamento es poco conocido. Sin este alimento no existe crecimiento, no

hay progreso ni capacidad para ser un instrumento útil para la edificación. No puedo edificar a los demás si no me edifico a mí mismo. Más aún, sin este alimento no puedo estar en **comunión habitual** con el Señor, y sin tal comunión la edificación no es posible.

Señalemos aún que el funcionamiento de una reunión de asamblea para la edificación, como la que se describe en el capítulo 14, supone que la asamblea, y en particular todos los hermanos, caminen en la mencionada comunión y según la piedad que acompaña a ésta. La Palabra siempre nos presenta las cosas **en relación con el estado normal en que deben hallarse los creyentes**. Esto habla a nuestra conciencia. ¿No es humillante vernos obligados a reconocer que por nuestra falta de comunión con el Señor trabajamos la manifestación de Su presencia y la acción del Espíritu en las reuniones de asamblea?

Veamos ahora lo que sucede cuando la asamblea se encuentra reunida así para la edificación, en la unidad del Espíritu, alrededor de la persona del Señor. Los efectos no solamente se hacen sentir en los que están dentro, sino también en **los que están fuera**.

El orden estaba lejos de reinar en la asamblea de Corinto. Los corintios aún eran niños, carnales, y se prevalían de sus dones, y sobre todo de los dones milagrosos, para darse importancia ante sus propios ojos y ante los ojos de los demás. De manera que, para ellos, hablar en lenguas primaba sobre todo otro don, y abusaban de él hablando todos juntos y de manera ininteligible para todos pues no se preocupaban por ser interpretados. El apóstol restablece aquí el orden de parte de Dios.

Dos clases de personas podrían llegar a entrar en la asamblea cuando ella está reunida: los indoctos y los incrédulos

Los **indoctos**, en el sentido que la Escritura le concede a esta palabra, son aquellos que no tienen conocimiento (cf. versículo 16). Y los **incrédulos** son aquellos que no tienen ninguna relación con Dios mediante la fe. En la actualidad, ¡cuántos de esos indoctos hay en la cristiandad, de esos simples que apenas conocen las Escrituras, muy poco al Señor, y que no tienen idea alguna de lo que es la Iglesia! Dichos indoctos, dichos ignorantes son en nuestros días mucho más culpables delante de Dios que antes. Sin embargo, Dios los lleva a la asamblea, y también lleva allí a los incrédulos.

Los corintios habrían podido objetar al apóstol: «Nosotros damos tal importancia a las lenguas en la asamblea, a causa de los incrédulos, porque “las lenguas son por señal ... a los incrédulos” (v. 26)». El apóstol no prohibió las lenguas en la reunión de asamblea (v. 26), pues toda acción del Espíritu tiene su lugar allí, y ¿quién podría limitar al Señor? Pero él pone límites para su uso. Ellos no debían hablar todos juntos, pues Dios no es un Dios de confusión, sino que podían hacerlo cada uno **por turno**, y **a lo más tres**; y aún así era necesario un intérprete. Si fuera de otra manera, el indocto y el incrédulo ¿no dirían que estaban locos? (v. 23), con lo cual despreciarían y condenarían así a la asamblea. Ellos exclamarían: «¿Para qué se hablan entre ellas estas personas, pronunciando cosas que les son ininteligibles para sí mismas, en lugar de hablarse mutuamente con su entendimiento?» (compárese con el v. 19).

Pero si todos profetizan y un hombre de afuera asiste a tal asamblea, en el alma de esa persona se efectuará un bendito trabajo, una obra poderosa, como resultado de la acción del Espíritu Santo en la Iglesia: “Por todos es convencido, por todos es juzgado; lo oculto de su corazón se hace manifiesto” (v. 24-

25). Él siente esa libertad que se le da al Espíritu para edificar; siente también que allí hay algo que jamás vio ni conoció antes pues, señálemoslo, no se trata de una reunión para evangelizar, sino para la edificación.

El hombre **indocto** (¡ay! en los días actuales puede ser un creyente) dice: «¡Yo no conocía estas cosas! ¿En qué estado se encuentra, pues, mi alma? ¿Qué velo la cegaba para que, hasta hoy, yo haya permanecido extraño a los pensamientos de Dios en su Palabra, y para que esta presencia del Espíritu Santo haya permanecido desconocida para mí hasta este punto? ¿Cómo he vivido, hasta aquí, indiferente a tales bendiciones?» He aquí la concreción de lo que nos dice la Escritura: “Por todos es convencido, por todos es juzgado.” Lo que dirigía secretamente su corazón es expuesto a la luz, porque se enfrenta con una Persona invisible, que obra mediante esos instrumentos visibles, con Aquel de quien se dice: “Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en **su** presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta” (Hebreos 4:13). Sucede lo mismo con el **incrédulo**. A través de los creyentes, siente que se encuentra ante Dios en la persona de Cristo, quien es el centro de su Asamblea: “Y así, postrándose sobre el rostro, adorará a Dios, **declarando** que **verdaderamente Dios está entre vosotros**.”¹⁾

A tales personas, quienes asisten así a la reunión de edificación, ni siquiera les surge un pensamiento de admiración por las personas, de atracción por aquellos que ejercen su don o de apego al que habla. ¿Por qué? Porque ellas son puestas directamente ante la presencia de Dios. Se postran y dicen: «Dios mis-

1) O “en vosotros”, es decir en la asamblea como un todo.

mo está aquí.» Efectivamente, **Él está allí en la persona de Cristo.**

Esta reunión de asamblea ofrece, pues, una doble bendición: primero, la asamblea siente la realidad de la presencia del Señor y el poder **moral** que de ello surge para la edificación de su amada Iglesia; luego, los de fuera se ven impulsados a conocerse, a juzgarse y a conocer al Señor en la luz de su presencia.

Ya hemos hablado de la dificultad que tenemos para llevar a cabo esta tercera reunión de asamblea a causa del actual estado en que se encuentran las cosas, acompañadas por una debilidad espiritual tan generalizada. Es mucho más **cómodo** dejar que toda la responsabilidad de la acción recaiga sobre los dones permanentes que el Señor ha puesto en su Iglesia “a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo”, según Efesios 4. Por precioso que sea el ministerio de estos dones, el hecho de esperarlos para toda acción compromete menos la conciencia y la responsabilidad de los santos, en vez de hacer que éstos sientan la obligación de reunirse para buscar al Señor en su Iglesia. Al practicar esta última alternativa, ya no se descansa sobre los dones, y así se evita el peligro de deslizarse poco a poco hacia un espíritu clerical que ha hecho tantos estragos en las asambleas. Tengamos en muy alta estima, en amor, a causa de su obra, a aquellos que trabajan entre nosotros, pero retengamos esta verdad: las reuniones de asamblea tienen una particular importancia para la bendición de los queridos hijos de Dios.

Cuando los corazones gozan de esta bendición, tienen por costumbre recordarla como un favor especial. En la vida cristiana hay tiempos favorables en que las almas son puestas de manera continua y sin distracciones en relación con el Señor y

con su Palabra. En esas condiciones, una reunión de asamblea para la edificación es algo que surge de su fuente. Cuando las almas están en comunión con el Señor, su presencia puede ser sentida realmente. Pero si esto no se produce a menudo, ya lo hemos dicho, se debe a que no se tiene una **comunión habitual, diaria con El ni con su Palabra.** Nuestros corazones deberían suspirar tras estas cosas, pues con ellas ciertamente nos dirigiremos a buscar al Señor en la asamblea, y Él responderá con una abundante actividad de su Espíritu, responderá a la confianza de los suyos y a sus sinceros deseos de gustar de Su presencia.

¡Qué importante sería la realización de estas cosas en las asambleas que no tienen un ministerio permanente, pero en las cuales, al practicarlas, habría una verdadera piedad y una vida cristiana activa!

¡Que Dios nos haga comprender y llevar a la realidad, de mucho mejor manera, el verdadero carácter de las reuniones de asamblea, tanto para el culto de adoración, como para la oración y la edificación!

LA EDIFICACIÓN

INTRODUCCIÓN

El apóstol Pablo les recuerda dos veces a los corintios que el Señor le dio autoridad “para **edificación**, y no para destrucción” (2.^a Corintios 10:8; 13:10). Y aun cuando en sus epístolas él debe hablarles de “vara” y de “severidad”, y decirles que no será “indulgente” (1.^a Corintios 4:21; 2.^a Corintios 13:2, 10), subraya que ése no es el carácter general de su servicio. Al con-

trario, él se ocupa con todas sus fuerzas en la **edificación**, y alienta a los creyentes en la mayor parte de sus epístolas.

En el primer sentido de la palabra, la edificación es la construcción. Edificar es erigir, construir. Existe “un templo santo” que se va construyendo durante el curso de los siglos (Efesios 2:20-22). Se trata de la casa de Dios, del “edificio de Dios” al cual los creyentes tienen que aportar su contribución. Como perito arquitecto, el apóstol Pablo puso el fundamento, “y otro edifica encima; pero cada uno mire cómo sobreedifica” (1.ª Corintios 3:10).

Sin embargo, bajo la pluma del apóstol, las palabras **edificar** y **edificación** tienen muy a menudo un sentido algo más amplio que el que se relaciona con la construcción de tal edificio. Se trata de edificar a los creyentes, a las asambleas, es decir, contribuir para el progreso espiritual de ellos, para su crecimiento en la fe y para afirmarlos en la verdad. Tal como cuando se habla de un edificio, la palabra **edificación** mantiene siempre la idea de un trabajo progresivo, efectuado con paciencia. Y se opone siempre a la idea de destrucción.

LA EDIFICACIÓN DE LA ASAMBLEA

Los dones espirituales

La epístola a los Efesios, así como la epístola a los Corintios, nos presentan, particularmente, los dones que Cristo dio a su iglesia.

En la primera, leemos: “Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para **la edificación del cuerpo de Cristo**, hasta

que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Efesios 4:11-13). Este pasaje nos presenta en primer lugar los instrumentos del ministerio —apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros— y luego el objetivo del ministerio: el crecimiento hasta la medida de Cristo. Es una meta que, evidentemente, nunca se alcanzará en la tierra, pero hacia la cual debemos proseguir. No tenemos el derecho de fijarnos otro blanco, uno más bajo, que nos parezca más accesible. Por otra parte, la medida del objetivo que Dios mismo fijó da testimonio de los recursos que él dio para alcanzarlo.

El mismo capítulo, unas líneas después, nos presenta la actividad de las partes que menos se ven en el cuerpo, en particular la de “las coyunturas”. Gracias a la “actividad propia de cada miembro”, el cuerpo “recibe su crecimiento para ir **edificándose** en amor” (Efesios 4:16). En estos versículos están abarcados todos los miembros del cuerpo, incluso aquellos a los que no podríamos dar un nombre particular. Conducidos por el Señor, la Cabeza de quien procede todo, ellos aportan su contribución para la edificación del cuerpo. ¡Qué importantes son las “coyunturas”, cuando Satanás multiplica sus esfuerzos para desunir!

La reunión de asamblea

Los corintios, a quienes no les faltaban dones de gracia (1.ª Corintios 1:7), desgraciadamente se valían de éstos para jactarse. Éste es un peligro al que también nosotros siempre estamos expuestos.

El apóstol utiliza el capítulo 14 de la primera epístola, en toda su extensión, para hacerles comprender que ellos debían

procurar ante todo la edificación de la iglesia. Dos dones son puestos de relieve en ese capítulo: el **don de lenguas** y la **profecía**. El primero era una señal gloriosa del poder de Dios, quien había hecho proclamar el evangelio de la gracia a todas las naciones. Tal don ponía particularmente en evidencia a aquel que lo ejercía, a causa de su carácter milagroso. Pero no aportaba edificación a la asamblea cuando se desplegaba en ella, a menos que interviniera un don de interpretación (v. 5). “El que habla en lengua extraña, a sí mismo se edifica; pero el que profetiza, **edifica a la iglesia**” (v. 4). El don de profecía tenía mucho mayor valor que el de las lenguas, y debía ser procurado particularmente. “Seguid el amor; y procurad los dones espirituales, pero sobre todo que profeticéis” (v. 1).

El don de profecía es la capacidad de aportar a los hombres un mensaje de parte de Dios en relación con sus necesidades. “El que profetiza habla a los hombres para edificación, exhortación y consolación” (v. 3). Unos necesitan ser consolados, otros exhortados o reprendidos y otros aun necesitan ser instruidos o afirmados. ¡Qué bendición recibimos cuando todo procede de Aquel que conoce todos los corazones y que da, por medio de uno o de otro, lo que responde a nuestras necesidades! “Cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene salmo, tiene doctrina... Hágase todo para **edificación**” (v. 26). “Así también vosotros; pues que anheláis dones espirituales, procurad abundar en ellos para **edificación de la iglesia**” (v. 12).

En la reunión de asamblea, la edificación no debe surgir solamente del ejercicio de los dones, sino de toda acción que tiene lugar en ella. Una **oración** debe aportar edificación. Aun cuando su objetivo primordial sea dirigir a Dios un pedido, una alabanza o bien una acción de gracias, debe tener como efecto

la edificación de aquellos que pueden decir “amén” a ella. Esto se deduce del versículo 17, en el cual el apóstol demuestra a aquel que da gracias “en lenguas”, que otro hermano que no lo comprende “no es edificado”. Una oración **no tiene por objeto** la enseñanza, la exhortación o la edificación de los hermanos y hermanas, pues se dirige a Dios y no a ellos, pero su **efecto** normal es la edificación.

¡Que Dios nos haga comprender más y nos ayude a llevar a cabo de mejor manera su pensamiento en cuanto a la práctica de nuestra vida de asamblea! Meditemos, con humillación, el cuadro que nos presenta el libro de los Hechos: “Las iglesias tenían paz por toda Judea, Galilea y Samaria; y eran **edificadas**, andando en el temor del Señor, y se acrecentaban fortalecidas por el Espíritu Santo” (Hechos 9:31). ¿Será que ya no disponemos más de los recursos que ellas tenían?

LA EDIFICACIÓN EN LA VIDA DIARIA

La edificación mediante nuestras palabras

“Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria **edificación**, a fin de dar gracia a los oyentes” (Efesios 4:29). Tanto los versículos que preceden a éste como los que le siguen muestran que en ellos el apóstol centra su mirada en nuestra vida diaria, en nuestra relación con los hombres, con nuestros hermanos y hermanas o con los miembros de nuestras familias. Por lo tanto, vemos que debemos procurar la edificación no solamente en la vida de asamblea, sino siempre.

Tal como se ha señalado a menudo, las enseñanzas prácticas del capítulo 4 de Efesios no nos advierten simplemente

contra el mal, sino que nos alientan al bien, y esto en contraste con la ley, cuyos mandamientos tenían casi siempre una forma negativa. Dios espera de los suyos no sólo que ellos se abstengan del mal, sino que hagan el bien, y que de esta manera sigan los pasos de su Salvador. Que ninguna palabra corrompida salga de nuestra boca ¡ya es algo! Pero Dios nos pide más que eso. Él desea que nuestra boca diga buenas palabras, palabras que edifiquen, palabras que den testimonio de su gracia y que sean el reflejo de ella. “Manzana de oro con figuras de plata es la palabra dicha como conviene” (Proverbios 25:11). ¿Transmiten gracia nuestras palabras a aquellos que las escuchan? ¿Son ellas el eco de las “palabras de gracia” que salían de la boca de nuestro Señor? (cf. Lucas 4:22).

Se trata de las palabras para la “**necesaria**” edificación (o, según varias versiones: “para la edificación **según la necesidad**”). Es preciso, pues, estar atentos a las necesidades de aquellos con los que tenemos contacto, a fin de que nuestras palabras puedan ofrecerles, de parte de Dios, lo que sea útil y contribuya para su crecimiento.

También podemos edificarnos mutuamente mediante los **cánticos** que entonamos. Dos pasajes de las epístolas nos alientan a cantar **salmos, himnos y cánticos espirituales**, y a **alabar a Dios en nuestro corazón** (Efesios 5:19; Colosenses 3:16). De esta manera podemos **hablar entre nosotros, enseñarnos y exhortarnos** unos a otros; dicho de otro modo, podemos edificarnos mutuamente. ¿No es lamentable que el canto de los himnos tienda a ser confinado a las reuniones de asamblea o a ocasiones especiales?

“Por lo cual, animaos unos a otros, y **edificaos** unos a otros, así como lo hacéis” (1.ª Tesalonicenses 5:11).

La edificación mediante nuestra conducta

La epístola a los Romanos, en el capítulo 14, y la primera epístola a los Corintios, en los capítulos 8 y 10, abordan un tema que ha suscitado dificultades en las asambleas del principio, es decir, el de las viandas que algunos creían que podían comer y de las cuales otros creían que debían abstenerse, ya sea que se tratara de animales que la ley de Moisés declaraba inmundos o de los animales que habían sido sacrificados a los ídolos. Éstas eran cuestiones delicadas, sobre las cuales cada uno debía tener en consideración la conciencia de su hermano; uno evitando juzgar al otro, y éste evitando menospreciar a aquél (Romanos 14:3, 10).

Ahora bien, es notable que los tres pasajes que tratan este tema introduzcan el pensamiento de la edificación mutua. Debemos ser muy cuidadosos para no “destruir”, mediante nuestro comportamiento, el trabajo de Dios en el corazón de nuestros hermanos. “Sigamos lo que contribuye a la paz y a la **mutua edificación**. No destruyas la obra de Dios por causa de la comida” (Romanos 14:19, 20).

Valerse de estos capítulos para atribuirse la libertad de hacer lo que se quiera y para cerrar la boca a los que podrían censurarnos, ciertamente significaría hacer un muy mal uso de ellos. El conjunto de la Palabra nos instruye en cuanto a lo que le agrada al Señor, y nuestra libertad cristiana no debe ser una ocasión para “gloriarse en la carne” (Gálatas 5:13). Dicho esto, queda en pie el hecho de que hay detalles de nuestra vida práctica acerca de los cuales no tenemos instrucciones específicas en las Escrituras, y en los cuales podemos tener diferentes apreciaciones.

Para abundar en las cuestiones de este tipo, el apóstol

nos da principios de tres órdenes: en relación con Dios, con nosotros mismos y con nuestro prójimo

1.º en relación con Dios. Todos nuestros actos deben ser hechos “**para el Señor**” y dando “**gracias a Dios**” (Romanos 14:6). “Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo **para la gloria de Dios**” (1.ª Corintios 10:31). En otra parte, el apóstol dice: “Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo **en el nombre del Señor Jesús**” (Colosenses 3:17). Estos principios de conducta son seguidos por aquellos que viven cerca de Dios y lo hacen intervenir a él en todas sus circunstancias. Además, debemos recordar que “todos compareceremos ante el tribunal de Cristo (o de Dios)” y que “cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí” (Romanos 14:10-12).

2.º en relación con nosotros mismos. Debemos escuchar la voz de nuestra conciencia, la cual es preciso no hacerla callar jamás, y obrar sobre un principio de fe. “Cada uno esté plenamente convencido en su propia mente” (Romanos 14:5). “El que duda” debe abstenerse, porque “todo lo que no proviene de fe es pecado” (v. 23).

3.º en relación con nuestro prójimo. Aquí se introduce el pensamiento de la edificación. En primer lugar debemos guardarnos del espíritu de juicio. Mi hermano es el “criado ajeno” (es decir, un siervo del Señor y no un siervo mío) y “para su propio señor está en pie, o cae” (Romanos 14:4). Además, debemos tener en cuenta el impacto que nuestra conducta produce sobre los que nos observan. “Así que, ya no nos juzguemos más los unos a los otros, sino más bien decidid no poner tropiezo u ocasión de caer al hermano” (v. 13). “Si por causa de la comida tu hermano es contristado, ya no andas conforme al

amor” (v. 15). En lo que respecta a la piedra de tropiezo y a la ocasión de caída, leamos también 1.ª Corintios 8:9-13 y 10:28-32. De manera que debemos tener en vista el bien de los que nos rodean y procurar ayudarlos en lugar de ser para ellos motivo de tropiezo; tenemos que hacer un trabajo constructivo y no uno destructivo. “Cada uno de nosotros agrade a su prójimo en lo que es bueno, para **edificación**” (Romanos 15:2)

Los dos pasajes de la primera epístola a los Corintios que tratan el mismo tema también mencionan la edificación. El capítulo 8 nos recuerda que estas delicadas cuestiones no son reguladas por el conocimiento. “El conocimiento envanece, pero el amor **edifica**” (v. 1). El conocimiento tiene su lugar, y el apóstol lo dice muy claramente en otra parte, pero el verdadero motor para la edificación se encuentra en el amor. ¡Que nuestro servicio sea siempre un “trabajo de amor”, amor por el Señor y amor por los suyos!

En el capítulo 10, el apóstol vuelve sobre el tema y dice: “Todo me es lícito, pero no todo conviene; todo me es lícito, pero **no todo edifica**. Ninguno busque su propio bien, sino el del otro” (1.ª Corintios 10:23-24). Notemos bien que esta enseñanza manifiesta un fuerte contraste con el espíritu legalista. No se trata de un conjunto de prescripciones y de prohibiciones, sino de la libertad cristiana. Es la manifestación de la vida de Dios en aquellos que la poseen.

Edificaos a vosotros mismos

“Pero vosotros, amados, **edificándoos** sobre vuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna” (Judas 21). Sea cual fuere el estado de ruina

en que se encuentre la Iglesia —del que Judas bosqueja un sombrío cuadro en su epístola—, los recursos de Dios permanecen inmutables. Nuestra fe, que se apega a la Palabra de Dios, es como el fundamento sobre el cual siempre podemos edificarnos, a fin de crecer y progresar, mientras esperamos el día de la liberación final. Este versículo nos demuestra cómo podemos trabajar para nuestra propia edificación, base de toda otra forma de edificación.

El apóstol Pablo, previendo ya la decadencia general que se produciría después de su partida, llama nuestra atención sobre los supremos recursos de la gracia de Dios. A los ancianos de Éfeso les dijo: “Y ahora, hermanos, os encomiendo a Dios y a la palabra de su gracia, que tiene poder para **sobredificaros** y daros herencia con todos los santificados” (Hechos 20:32).

J.-A. Monard (M. E. 2000)

UNÁNIMES

En la actualidad, cuando estamos llegando al final de la historia de la Iglesia en la tierra, no podemos tener la pretensión de restablecer el estado que ella presentaba al principio, tal como se describe en los capítulos 2 y 4 del libro de los Hechos. Pero debemos sentir en el corazón el deseo de manifestar los rasgos que caracterizaban a los creyentes de esos primeros días en su andar individual y en sus relaciones mutuas. Así experimentaremos en la asamblea algo de la vida y del frescor que

marcaron el principio de la historia del testimonio. Aún hoy permanecen todos los recursos que estaban a disposición de los fieles del principio. Dichos recursos se mantienen tan intactos, tan perfectos como entonces, porque lo que es de Dios no puede cambiar.

En este artículo no consideraremos en detalle las enseñanzas que hallamos en Hechos 2:42 a 47, sino que nos detendremos en una sola expresión: “Unánimes” (v. 46).

Por cierto, algunos pueden ponerse de acuerdo plenamente para hacer lo que no es según Dios. Pilato y Herodes, que estaban enemistados, se hicieron amigos y concordaron plenamente en su oposición a Cristo (Lucas 23:12). ¡Que Dios nos libre de concertar un acuerdo en las cosas que no pueden recibir Su aprobación y de pensar que, no obstante, estamos en plena y verdadera comunión los unos con los otros! Nuestra comunión debe ser primeramente “con el Padre y con su Hijo Jesucristo”. Sólo así tendremos comunión los unos con los otros y nuestro gozo será cumplido (1.^a Juan 1:3-4). Y, digámoslo inmediatamente, ése es, de hecho, el secreto para mantenernos “unánimes” entre los hermanos. Cultivemos, cada uno por su parte, la comunión con nuestro Dios y Padre y con nuestro Salvador y Señor Jesucristo; así tendremos “la mente de Cristo” y, por consecuencia, todos juntos, un mismo y único pensamiento. Nuestras divergencias provienen muchas veces —por no decir siempre— de nuestros diferentes grados de comunión con el Señor. ¡Qué pérdida experimentamos, qué debilitamiento se produce en el testimonio cuando no estamos todos “unánimes”! Como consecuencia de ello, muchas almas se sienten desalentadas, tanto entre nosotros como entre los que nos rodean, y otras se alejan...

¡Que Dios nos dé el discernimiento para evitar todo lo que es susceptible de impedir el acuerdo que debe reinar en la asamblea! Alguna cosa, que quizás sea excelente en sí misma, debe dejarse de lado si turba el acuerdo que tiene que haber entre los hermanos. Sin duda, es preciso esperar el “momento oportuno” para hacerla o presentarla; es necesario esperar que Dios haya dispuesto los corazones para que tal cosa sea aceptada por todos de manera “unánime”. Y, ciertamente, ese tiempo de espera y de ejercicio no es inútil, a pesar de las apariencias.

“¿Andarán dos juntos, si no estuvieren de acuerdo?” (Amós 3:3). Ahora bien, los hermanos son llamados a caminar en la misma senda y a manifestar en ella los caracteres que fueron vistos en los primeros creyentes. En nuestras relaciones mutuas, en la asamblea, sólo podremos andar de una manera que agrade al Señor en la medida en que tengamos unanimidad.

“Unánimes”; ¡cuánto se necesita esto en las diferentes reuniones de asamblea, particularmente en la reunión para el culto de adoración y en la reunión para la oración!

En la reunión de adoración: “Para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo” (Romanos 15:6). ¿Cómo podemos rendir culto en el santuario, según el pensamiento de Dios, si hay desacuerdos entre hermanos o hermanas? Si esto ocurre se contrista al Espíritu y queda malograda la ofrenda espiritual que se le debe dar a Dios. ¡Todo lo que conduce a un desacuerdo en la asamblea desemboca, definitivamente, en ese triste resultado! ¿Pensamos lo suficiente en esto? (Señalemos aquí, entre paréntesis, la importancia que reviste la expresión “por tanto” con la que comienza el

versículo 7 del capítulo 15 de la epístola a los Romanos. No podremos glorificar a nuestro Dios y Padre, “unánimes, a una voz”, si perdemos de vista la exhortación que sigue: “Recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió, para gloria de Dios”. Recepciones que no son “para gloria de Dios” perjudicarán inevitablemente la comunión de la asamblea y Dios no recibirá la alabanza que se le debe ofrecer).

En la reunión de oración: “Otra vez os digo, que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos” (Mateo 18:19). El acuerdo entre aquellos que piden es una condición necesaria para que la oración sea respondida. ¿Se verifica siempre este acuerdo en nuestras reuniones de oración? Y si existen cuestiones respecto a las cuales estamos en desacuerdo a causa de nuestra manera de verlas, ¿tenemos la suficiente sabiduría para no hablar de ellas o para orar como conviene, pidiendo a Dios que él nos haga conocer su pensamiento a fin de que podamos hallarnos unánimes? En tal caso conviene que evitemos orar en público por aquello que podemos pedir en el ámbito privado, pero sobre lo cual nuestros hermanos no estarían de acuerdo.

Y abundando aún en esto, ¡qué ejemplo nos brindan los creyentes de los primeros días! Cuando Pedro y Juan, puestos en libertad, fueron a “los suyos” y contaron todo lo que los principales sacerdotes y los ancianos les habían dicho, “ellos, habiéndolo oído, alzaron **unánimes** la voz a Dios” (Hechos 4:23-24). No hubo ningún pensamiento divergente; no oraron unos para que Dios les evitara sufrimientos y otros para que los

apóstoles fuesen puestos fuera del alcance de los jefes del pueblo. Hubo un pleno acuerdo, “una voz”, unanimidad para pedir a Dios una misma cosa: “Concede a tus siervos que con todo denuedo hablen tu palabra” (v. 29). El versículo 31 nos dice cuál fue la respuesta de Dios a tal oración, que hicieron en pleno acuerdo, “unánimes”. Así como también Hechos 2:47 nos dice qué bendición Dios podía derramar sobre la fiel asamblea, sobre los creyentes que se encontraban “unánimes”.

No nos parece necesario desarrollar ahora este tema. Por cierto, los pasajes citados son suficientes para ejercitar nuestros corazones y conciencias. ¡Que Dios obre por medio de dichas Escrituras a fin de producir en nosotros frutos para su gloria y para la bendición de su testimonio!

“¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía... Allí envía Jehová bendición...” (Salmo 133).

P. Fuzier (M. E 1960)

BREVES PENSAMIENTOS ACERCA DE LA ADORACIÓN

La Palabra nos exhorta a tener un mismo sentir. ¿No pensamos, pues, que dicha unidad de pensamiento debe manifestarse particularmente en el culto de adoración? “Unánimes, sintiendo una misma cosa” (Filipenses 2:2). El anonadamiento del Señor Jesús, su muerte, su gloria, son temas de profunda

reflexión. ¡Cuán preciosos son los momentos en que, en la reunión de los santos, un hermano puede expresar en voz alta lo que llena el corazón de todos y lo hace en perfecto acuerdo con ellos! Para ello no son necesarias muchas palabras. Hay también momentos en que toda boca permanece cerrada, pues faltan las palabras para expresar lo que siente el corazón. El alma abstraída se prosterna pensando en la grandeza, en el poder, en el amor de su Dios, de su Padre, en el don inefable de su Hijo, en la cruz; y así adora en el silencio profundo de tal recogimiento.

¡Qué contraste entre tal silencio y el que se produce cuando se espera con inquietud que un hermano abra la boca para indicar un cántico o para presentar una meditación!

En la escena de adoración que al apóstol se le concedió contemplar a través de una puerta abierta en el cielo (Apocalipsis 4 y 5), él vio el trono, el esplendor de éste y el de Aquel que estaba sentado allí, así como el de todo lo que le rodeaba. Pero cuando aparece el Cordero, el Cordero que fue inmolado, sólo lo ve a Él y sólo piensa en Él; los seres vivientes y los ancianos se postran sobre sus rostros, rodean al Cordero, lo adoran con arpas y con copas de oro llenas de incienso y cantan. Luego, Juan mira y oye la voz de miríadas de miríadas y millones de millones de ángeles que proclaman Su dignidad, y a los cuatro seres vivientes que decían: Amén. Parece que nada más faltaba en esa escena. Pero los ancianos continúan adorando; ellos se postran sobre sus rostros. Ya no es cuestión de palabras ni de cánticos; simplemente leemos que ellos adoran.

M. Koechlin (M. E 1930)

HE AQUÍ EL HOMBRE

Por F. von Kietzell

(Viene de la página 144)

19. “CONSUMADO ES”

(Mateo 27:47-50; Marcos 15:35-36;

Lucas 23:45-46; Juan 19:28-30)

La obra hecha en la cruz ofrece aun otro aspecto que, en todas las épocas, ha llenado de admiración a quienes han meditado en ella. Es lo que expresa el cántico que nos gusta entonar:

*De aquel fulgor dejaste Tú la gloria,
y por tu cruz, Dios exaltado está,
su santidad, su amor y su justicia,
oh Cristo tu muerte todo cumplió ya.*

“Sacrificio y ofrenda no te agrada; has abierto mis oídos; holocausto y expiación no has demandado. Entonces dije: He aquí, vengo... El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradao, y tu ley está en medio de mi corazón” (Salmo 40:6-8). Tales son las palabras que el Señor pronunció por boca del salmista. El segundo Hombre, quien vino del cielo, apareció con esa disposición de corazón en la escena donde el primer hombre, tomado “de la tierra”, del “polvo”, fue manifiestamente incapaz de cumplir ni siquiera uno solo de los mandamientos de Dios. Así, pues, a Cristo lo animaba plenamente el deseo de agradar a Dios: “Aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia” (Hebreos 5:8). Y leemos que “cuando se cumplió el tiempo en que él había de ser recibido arriba, afirmó su rostro para ir a Jerusalén” (Lucas 9:51), y que “mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios” (Hebreos 9:14).

Así como durante su andar en este mundo Él fue la verdadera ofrenda vegetal, y luego, durante las horas de tinieblas en la cruz, el perfecto sacrificio por el pecado y por la culpa, así también fue el perfecto holocausto, habiéndose entregado “a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (Efesios 5:2).

Dirijamos nuevamente nuestras miradas hacia el Gólgota. Allí, el Señor de gloria se entregó por entero; allí, él cumplió todo lo que era necesario para glorificar a Dios y para nuestra salvación eterna; allí puso su rostro “como un pedernal” con la convicción de que no sería avergonzado (Isaías 50:7). ¡Qué “ofrenda encendida de olor grato para Jehová”! ¡Qué holocausto único y perfecto (Levítico 1)!

El sacrificio de Cristo como holocausto es presentado de manera especial en el evangelio según Juan. Comprendemos sin dificultad el hecho de que la mirada del Padre reposara sin cesar, con delicia, sobre su amado Hijo. Por eso ese evangelio no habla ni de las horas de tinieblas ni del abandono del Señor Jesús. Al contrario, lo escuchamos decir: “No estoy solo, porque el Padre está conmigo” (Juan 16:32); y: “El que me envió, conmigo está; no me ha dejado solo el Padre, porque yo hago siempre lo que le agrada” (Juan 8:29).

“Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba consumado, dijo, para que la Escritura se cumpliera: Tengo sed” (Juan 19:28). “Algunos de los que estaban allí”, ignorando todo sentimiento de compasión, le ofrecieron el brebaje que tenían la costumbre de hacer beber a los malhechores crucificados, para calmar su ardiente sed. No es dudoso que el clamor del Señor: “Tengo sed”, deba ser interpretado primeramente en el sentido literal. Pero —y cuán digno es de nuestra atención— sólo pronunció esto cuando supo “que ya todo estaba consumado”.

No obstante, si Él sentía los tormentos de la sed, ¡cuánto más ardiente era la sed de su alma! Efectivamente, ¡con qué santa prisa contemplaba “el gozo puesto delante de él” (Hebreos 12:2)! Habiendo “puesto su vida en expiación por el pecado”, Él deseaba

ardientemente ver “el fruto de la aflicción de su alma” y quedar satisfecho (Isaías 53:10-11). Así, en el instante supremo, su amor dirigía sus pensamientos hacia aquellos por los cuales Él daba su vida.

Pero, una vez más, sin dejar de contemplar lo que el Señor sufrió por nosotros, debemos dirigir nuestras miradas hacia otro ángulo a fin de considerar su consagración a Dios. En efecto, después de haber bebido completamente la copa amarga, ¡que “sed” sentía su corazón de pasar “de este mundo al Padre” (Juan 13:1)! “Yo te he glorificado en la tierra... Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese” (Juan 17:4-5). Tal era el ferviente deseo que el Señor había expresado al Padre, anticipando la hora de la cruz. Y, volviéndose hacia los suyos, Él deseaba que ellos participaran de Sus propios sentimientos: “Si me amarais, os habríais regocijado, porque he dicho que voy al Padre” (Juan 14:28).

¿Quién de nosotros no podría compartir un poco de esa “sed” de nuestro Señor? “Dios, Dios mío eres tú... mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela, en tierra seca y árida donde no hay aguas, para ver tu poder y tu gloria, así como te he mirado en el santuario” (Salmo 63:1-2). “Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo; ¿cuándo vendré, y me presentaré delante de Dios?” (Salmo 42:1-2). Ciertamente, la esponja empapada en vinagre y puesta en la punta de una caña, en un hisopo (Mateo 27:48; Juan 19:29), no podía apagar esa sed, sino que, por el contrario, la hacía aún más ardiente.

Pero, a pesar de lo que hemos visto hasta aquí, pensamos que aún no hemos llegado hasta las últimas profundidades de esta quinta frase del Crucificado, la más breve de todas. De nuevo, el evangelio según Juan es el que la refiere, el evangelio en que vemos al Señor dominar soberanamente el sufrimiento y la muerte, y manifestar su gloria “como del unigénito del Padre”, gloria que brilla con todo su esplendor a despecho de las sombrías nubes del odio y de la

maldad del hombre caído. Era la gloria de Aquel que había dicho: “Yo tengo una comida que comer, que vosotros no sabéis... Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra” (Juan 4:32 y 34). Por eso el Señor, sabiendo que ya todas las cosas estaban cumplidas, pronunció esta frase “para que la Escritura se cumpliera”.

En el momento en que acabó la obra que el Padre le había dado que hiciera, echó una mirada hacia atrás, por así decirlo, y comprobó que la profecía debía cumplirse aún en otro punto. Efectivamente, ni una jota ni una tilde de la Escritura podía caer en tierra (Mateo 5:18). “Me pusieron además hiel por comida” —lo cual había tenido lugar justo antes de la crucifixión—; pero faltaba aún esto: “... Y en mi sed me dieron a beber vinagre” (Salmo 69:21; Mateo 27:34).

“Cuando Jesús hubo tomado el vinagre, dijo: Consumado es. Y habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu” (Juan 19:30). Ahora todo estaba terminado. Estaba acabada la obra que el Padre le había dado que hiciera (Juan 17:4). ¿Qué podía retener aún al celestial Extranjero en esta tierra? Sin embargo, antes de entregar el espíritu, Él proclamó, ante la faz del mundo, que su obra estaba acabada. ¡Proclamación sublime por los resultados que implica! ¡“Consumado es”! La voluntad de Dios, sus designios eternos de gracia y de justicia habían sido plenamente ejecutados. La obra por la cual Dios debía ser glorificado y el pecador debía ser redimido, había sido conducida hasta su bendito final.

Por primera vez desde la creación, Dios podía declarar que “todo... era bueno en gran manera”, que la obra era perfecta. No bien había puesto al hombre en el huerto de Edén, el tal había obrado y arruinado todo por su desobediencia. Luego, Dios dio la ley. ¿No era ella santa, justa y buena (Romanos 7:12)? ¿Por cierto que sí! Pero, tanto bajo la ley como antes de ella, el hombre, puesto a prueba, manifestó su total incapacidad para cumplir la voluntad de Dios. De modo que “nada perfeccionó la ley” y las “ofrendas y sacrifi-

cios” que ella prescribía no podían hacer perfectos, en cuanto a la conciencia, a aquellos que los ofrecían (Romanos 5:20; Gálatas 3:24; Hebreos 7:19; 9:9). Aún hoy, al hombre natural le gusta practicar una religión fundada sobre los mismos principios: todos sus esfuerzos tienden a establecer su justicia mediante sus obras y a salvarse a sí mismo. Pero dichas obras carnales son totalmente vanas y tanto más inaceptables por cuanto el hombre pecador se imagina que puede acercarse al Dios justo y santo mediante ellas.

Las ordenanzas levíticas, pues, no aportan perdón ni paz al que se acerca a Dios. “Y ciertamente todo sacerdote está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados”. ¡Qué contraste con lo que sigue: “Pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios... porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (Hebreos 10:11-14)!

Cuando nos miramos a nosotros mismos, a menudo suspiramos en pos de una real perfección. Es en vano que la busquemos en nosotros o alrededor de nosotros. Ella sólo se encuentra en la cruz del Gólgota. Allí, Cristo cumplió una obra perfecta y que hace perfectos; una obra “hecha una vez para siempre” (Hebreos 10:10), de manera que no necesita ser repetida; una obra a la cual no se puede ni se debe intentar añadir nada; una obra que el propio Señor declara “consumada”.

¡“Consumado es”! Como un grito de triunfo, estas palabras resonaron en el silencio del Calvario, donde acababa de reñirse el combate más terrible que jamás hayan registrado los anales del cielo y de la tierra. Dios, quien hasta ese momento había guardado silencio, dio también testimonio de la perfección de esta obra, rasgando el velo del templo —abriendo así el acceso hasta su santa presencia—, librando de la tumba a muchos santos que habían dormido, y haciendo brotar la sangre y el agua del costado abierto de Jesús (Mateo 27:51-53; Juan 19:31 y siguientes).

*“Consumando es”. La obra de la gracia hecha está.
De la victoria por fin sube el grito.
Inclinando la cabeza, el que murió
ha triunfado. Cumplido está.*

*De arriba abajo Dios mismo rasgó
el santo velo. El camino abrió,
nuevo, vivo, hasta el día supremo
nos está abierto. Consumado es.*

(traducción literal)

“Entonces Jesús, clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, expiró” (Lucas 23:46). El Señor no murió a causa de la crucifixión. No; Él expiró “clamando a gran voz”. Tanto antes como después de Él, ningún crucificado murió de esta manera. “Pilato se sorprendió de que ya hubiese muerto” (Marcos 15:44).

Nosotros recibimos de la boca del centurión un testimonio irrecusable de esta muerte extraña. Dicho centurión “estaba frente a Él” y había observado sobre su santo rostro todas las marcas del sufrimiento, todo el dolor de esa agonía. Turbado por tal muerte, ese legionario pagano exclamó: “Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios” (Marcos 15:39). Y no fue el último a quien esa muerte llenaría de admiración.

¡Qué impresionante es esta última revelación del gran “misterio de la piedad”!: ¡“Dios manifestado en carne” hasta el final de su vida (1.ª Timoteo 3:16)! ¡Dios y hombre a la vez! Verdaderamente, esta escena nos revela la profunda humillación y la suprema grandeza de Aquel que estaba allí “colgado en un madero”. Si el Señor puso su vida por sus ovejas, entonces nadie se la quitó. Él había dicho: “Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre” (Juan 10:15, 18).

Con la cabeza en alto, Él había cumplido la obra hasta fina-

lizarla. Sólo entonces inclinó la cabeza y “entregó¹⁾ el espíritu” (Juan 19:30). Haciendo esto, fue “obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2:8).

Así, pues, “por cárcel y por juicio fue quitado” el Señor (Isaías 53:8). Él dejó esta tierra como “primicias de los que durmieron” (1.ª Corintios 15:20), para entrar en otro mundo, en una vida donde nunca más se planteará la gran cuestión del pecado. “Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive” (Romanos 6:10). “Su partida (la muerte), que iba Jesús a cumplir en Jerusalén” se había consumado. Él había terminado para siempre con la vida de sufrimiento en la cual, para llevarnos a Dios, había sido el “Varón de dolores”.

*El hombre perdido, del fondo de su miseria,
ve el pecado por Jesús abolido.
Para pagar del pecado el terrible salario,
Él sufrió. Cumplido está.*

*De los nuevos cielos a la nueva tierra
todo cantará pronto, de amor lleno.
¡Alabanzas a Dios, gloria al Hijo, gloria al Padre!
Para siempre todo está consumado.*

(traducción literal)

1) Es decir, por un acto de su voluntad. El verbo griego, traducido aquí por “entregar”, no es el mismo que se encuentra en Lucas 23:46 (traducido por “encomendar”), pero sí en Efesios 5:2 (donde también se traduce “entregar”). No se emplea en ninguna parte respecto de la muerte de un hombre, de manera que el uso que se le da en Juan 19:30 en este sentido es absolutamente único en la Escritura.

Fin

*Abre mis ojos, oh Señor,
para que vea tu esplendor;
une a mi fe ciencia y virtud,
derrama en mí tu plenitud.
En paz tu luz esperaré
y tu amor comprenderé.
Abre mis ojos, dame en raudal
luz celestial*

*Abre mi mente a tu verdad,
hazme oír con claridad
del Padre la revelación
y conocer su corazón.
En paz tu voz escucharé
y tu amor disfrutaré.
Abre mis ojos, dame en raudal
luz celestial.*

*Abre mi boca, oh Señor,
para cantarte tu loor,
y tu mensaje proclamar
que vida al hombre puede dar.
Tu paz, tu gracia, anunciaré
y tu amor proclamaré.
Abre mis ojos, dame en raudal
luz celestial.*

“Y ahora, hermanos, os encomiendo a Dios y a la palabra de su gracia, que tiene poder para sobreedificaros y daros herencia con todos los santificados” (Hechos 20:32).